

2.

DISCURSO

pronunciado por el R. P. Fr. Francisco Briceño, de la Orden de Religiosos Franciscanos, miembro de la Facultad de Teología, electo por el Supremo Gobierno, el día de su Incorporación solemne, 12 de Mayo de 1844.

Señores:

El Supremo Gobierno me a onrrado con el título de miembro de la Facultad de Teología de la Universidad de Chile, i al asociarme a vosotros, que perteneceis tambien a esta ilustre corporacion, cumpro con un deber, que me es altamente grato, dando un testimonio público de mi reconocimiento por la distincion que se me a dispensado.

Qisiera ocupar en este momento vuestra atencion de un modo digno del objeto de este discurso; quisiera, ya que no me es dado dar mayor realce a verdades de suyo elocuentes i sublimes, presentarlas al ménos con toda su pompa i magnificencia. Las verdades, Señores, a que aludo están consignadas en la ciencia de la relijion santa que profesamos, en la que instruye al ombre en el conocimiento de las relaciones de fraternidad i concordia, que eslabonan entre sí a la gran familia cristiana, en la que derrama en el corazon el bálsamo de la virtud, en la que sustenta la existencia intelectual con la esperanza de la verdadera felicidad; en fin, en la que nos enseña a conocer el poder inmenso del dispensador de todo bien, del árbitro de los destinos del jénero umano, para prosternarnos i tributarle dia a dia rendidos omenajes de alta veneracion.

La Teología, Señores, es esa ciencia tan importante, tan vasta, tan necesaria, no solo al eco de la palabra evanjélica; al intérprete de la revelacion divina, al embajador del Todo-Poderoso, segun la expresion de San Pablo, que está colocado entre el Cielo i la tierra para encaminar a los ombres por la senda de la virtud, sino al filósofo, al literato, al ombre público, a todo el que comprende su mision en la tierra, i asta al mas ignorante. Porque la relijion es la vida de la especie umana, i sin ella todo es un caos e incertidumbre. El que a favorecido el Cielo con el don especial de acerle cristiano; el que nació i se educó en el seno de una sociedad que adora toda entera a un mismo Dios, para corresponder dig-

namente a tan inestimable beneficio, debe constantemente nutrir su espíritu con la lectura de los libros sagrados, que toman la Santa Escritura.

La civilizacion cunde i se propaga; rápido es el progreso de las ciencias i debiendo marchar también a la par los progresos de la moral, por una fatalidad inexplicable, las ciencias mismas mal dirigidas, extraviando los talentos corrompen las costumbres; i lo-grán, si no extinguir, por lo ménos relajar la creencia, que vive i se sustenta con la fé. Al fin vienen a caer en la indiferencia apellidándose siempre cristianos, como si ésta, así como la impiedad, no fueran los azotes del jénero umano. El olvido de los deberes relijiosos trae consigo la licencia de las costumbres; i el desenfreno de las pasiones: de esto nace el desenfreno político, que conmueve asta en sus cimientos a las sociedades mas bien constituidas, cuya caída es tanto mas estrepitosa, cuanto mayores son los combustibles que animan a estos dos monstruos de devastacion i de ruina. Así decia el Conde de Frayssinous, que despues de treinta años retumbaba aun en el universo el estruendo que izo al desplomarse una monarquía de catorce siglos, como la francesa.

La reedificacion es no ménos difícil que costosa. Pero están al alcance de todos los medios de precaverse de estas desgracias; i cuando se levanta entre nosotros una jeneracion, que se a consagrado con entusiasmo al cultivo de las letras, es preciso erijir un muro de division entre ella i la indiferencia, inspirándole al mismo tiempo un amor al estudio de la primera de las ciencias; cuya importancia nadie desconoce, pero que a dejado de ser por algun tiempo parte de la educacion.

La Teología es, sin duda, esa ciencia sublime por su objeto i por sus fines. Derivada de la misma revelacion, es entre todas las ciencias la mas digna de ocupar al ombre, i para él la mas interesante. Partiendo de principios infalibles, saca consecuencias igualmente verdaderas, que satisfacen plenamente al que desea con sinceridad librarse del error. Por ella, dice un Padre de la Iglesia, la fé se enjendra, se nutre, se defiende i se corrobora. La fé es el don mas precioso concedido a los mortales, por el que conocemos nuestras relaciones con el Criador, i las verdades que nuestro limitado talento no podia descubrir; verdades necesarias a un ser moral, cual es el ombre. Esta fé necesita de maestros i Doctores que la propongan a los pueblos, i que la sostengan con todo jénero de razones contra los impugnadores de la verdad.

Los dogmas que nos enseñan an sido impugnados en todo tiempo por algunos espíritus inquietos i turbulentos, que an tratado de negar las verdades reveladas, i apartar a los ombres de su creencia. Los sofismas, la mala fé, la falsedad, an sido las armas de que

se an valido para introducir el error. Confundir a estos jenios de perversidad, cautelar a los fieles contra sus astucias, descubrir sus paradojismos; en una palabra, acer triunfar la verdad, sacarla victoriosa de los ataques qe se le acen, é aqi el ejercicio de un teólogo, de un Sacerdote instruido, de un pastor celoso de su grei; de un cristiano en fin, qe sabe lo qe cree, cómo lo cree, i porqé lo cree.

El Doctor de las jentes encargaba a los Pastores de la Iglesia, qe fuesen instruidos en la sana doctrina, para qe pudiesen argüir a los qe contradecian la grande obra de la predicacion del Evangelio. Por esta doctrina sana entendia el Santo Apóstol un conocimiento profundo de la Sagrada Escritura, de la tradicion, i de todas las verdades qe estas dos fuentes nos suministran. Como todo el edificio de la relijion estriba sobre estos fundamentos, de aqi es qe el qe quiera entrar al santuario de esta ciencia sublime, debe consultar estas fuentes de sabiduria. En ella encontrará los dogmas qe debe creer, las máximas morales qe a de seguir; en una palabra, toda la economia de la relijion cristiana considerada en todos sus aspectos. ¿Qé espectáculo tan bello, qé institucion tan admirable, qé orden tan armonioso, qé atractivo tan eficaz no se presenta desde luego a la vista del espectador juicioso, qe atentamente estudia i considera la obra de la sabiduria eterna? La teolojía, Señores, es la qe nos conduce como de la mano, en la investigacion de la relijion divina, a la qe está ligada la felicidad del jénero umano.

Partiendo desde el principio infalible de la existencia de un Dios criador i conservador de todas las cosas, ace ver la necesidad, la obligacion qe ai en la criatura racional de tributarle sus omenajes, de adorarle, de obedecerle, i de conformar en todo su voluntad a la divina. Siendo tan limitado el entendimiento umano, no alcanzando por sí solo a descubrir sus relaciones con la divinidad, era preciso qe este mismo Dios, lleno de bondad i de justicia, se constituyese en maestro del ombre, le comunicase, le instruyese i perfeccionase, enseñándole el modo de servirle. Esta es la revelacion, cuyo echo demuestra la Teolojía, probando asta la evidencia aberse verificado.

Dios es la suma verdad, no puede engañarse ni engañarnos: luego si se a dignado ablar al ombre, i revelarle misterios superiores a la razon, estos son de una certidumbre tal, que no dejan el menor motivo de dudá. Debe entónces el ombre sujetar su entendimiento en obsequio de la fé, i prestar un asenso firmísimo a las verdades reveladas.

Las obras de Dios no pueden ser imperfectas. Supuesto qe se dignó revelarse a los ombres, precisamente a de existir una socie-

dad depositaria de esta revelacion; de lo contrario, todo seria un caos espantoso. Esta sociedad debe allarse adornada de tales caracteres, que la distinguan de toda otra que no disfrute igual prerrogativa. A ser santa, única i verdadera, como el mismo Dios, infalible en sus decisiones, i perpetua en su duracion.

Esta es, Señores, la Iglesia, con todo el órden admirable que ella contiene. Como toda sociedad necesita de cabeza, la Iglesia tambien la tiene, i está revestida de la autoridad competente para rejirla i gobernarla; cuya autoridad no se funda solo en la conveniencia i utilidad, sino que trae su oríjen de mas arriba, del mismo fundador de la Iglesia, de Jesu-Cristo, Dios i ombre, que teniendo toda potestad en el Cielo i en la tierra, se dignó comunicarla a los que constituyó Pastores de su grei, i dispensadores de su doctrina.

La excelencia de esta doctrina divina se comprueba por la dignidad de su autor, por la perfeccion de su sustancia, i por la grandeza de su fin. Por la dignidad de su autor, porque es el mismo J. C. El nos la a transmitido por el ministerio de los Apóstoles, i sus sucesores la perpetúan todos los dias entre nosotros. Por la perfeccion de su sustancia, esto es, de las cosas que contiene, supuesto que no ai virtud que ésta lei no mande practicar, ni vicio alguno que no proiba; i por la grandeza de su fin, pues tiene por objeto, no bienes frájiles i caducos, sino la vida eterna.

E aquí, señores, un peqeño bosquejo del plan de la relijion, plan que debe atraer las miradas del filósofo i del ignorante, i que desenvolveria yo aora, aciendo ver la correspondencia de todas sus partes, si no me allase ante una reunion de sabios tan respetables, cuyas superiores luces se ofenderian de mi audacia. Claro es que los nombres de relijion, iglesia, revelacion, tomados en abstracto, podrian aplicarse a esa multitud de relijiones falsas, que para desgracia del jénero humano se an visto abortar en el mundo. Pero, al expresar nombres tan venerados, solamente ablo, Señores, de la única i verdadera relijion en cuyo seno vivimos, de la Católica, Apostólica Romana.

Esta relijion sublime en sus dogmas, santa en su moral, pura i majestuosa en su culto, i severa en su disciplina, cuyas partes se sostienen i apoyan recíprocamente; esta relijion benéfica que a civilizado al mundo, cuya moral a mudado la faz de las naciones que la añ abrazado, aciendo conocer al ombre su dignidad i los justos límites en que debe contener sus inclinaciones; que a obligado a deponer su ferocidad al conquistador, su orgullo al poderoso; al mismo tiempo que prescribe la paciencia al pobre i abatido, que abla al lejislador para que sus instituciones vayan arregladas a la equidad i justicia, al mandatario para que proteja la inocencia, al

súbdito para que obedezca sin violencia a su superior; en una palabra, que extiende su benéfico influjo asta lo mas oculto del corazon, reprimiendo las pasiones, los deseos inmoderados, i dirijiéndolo todo a la felicidad del mismo que la profesa, llenándolo de consuelo en esta vida, i de esperanzas para la futura; esta religion digo, benéfica i consoladora, siendo una emanacion de la luz increada, no teme la luz, porque ella misma es la luz que a iluminado a todo el mundo.

Sus dogmas se allan revestidos de fundamentos de credibilidad tan luminosos, que cualquiera ombre capaz de algun discurrimiento, no puede ménos que rendirse a la evidencia de las razones, que los acen creibles, i prestar su asenso con tanta mas confianza, cuanta es la certidumbre que tiene, de que creyendo las verdades reveladas, aunque superiores a su razon, obra conforme a esta misma razon, apoyándose en el testimonio veracísimo de Dios.

Es verdad que la fé i no la razon es la que ace al cristiano; sin embargo, la razon a de conducir a la fé. Esta religion augusta no teme que la razon umana la examine i la manifieste; ella tolera sin trabajo las miradas mas curiosas, mui diferente de las demas religiones que a abido en el universo, las que no pueden sufrir la luz, i para ocultar su debilidad necesitan cubrirse de sombras afectadas i de secretos misteriosos. La nuestra al contrario quiere ser considerada i examinada de cerca; porque quanto mas se examina, tanto mas se descubren sus divinas armonias, i quanto mas se profundiza, se admira mucho mas su divinidad i su excelencia.

No es posible estudiar seriamente la religion sin descubrir las muchísimas pruebas que convencen su verdad. Ya se vé, éstas a un cristiano no le acen, ni son necesarias para acerle un creyente fiel: lo era ántes de descubrirlas, porque la fé es un don de Dios i no efecto de racionios humanos. Pero lo que no es menester para el establecimiento de la fé, es mui útil para conservarla i defenderla. Las pruebas le sirven como de antemural exterior, previniendo las dudas que pudieran suscitarse, disipando con una pronta luz las que se ofrecen, i anulando las impresiones que pudieran causar las que mueven contra ella sus contrarios.

Ai ademas otra ventaja en estas pruebas, por lo que demuestran que la fé es razonable, o que es conforme a la razon el sujetarse enteramente a la fé. I como al entendimiento umano, cuya presuncion todo lo quiere entender i decidir, nada le cuesta tanto como el dar su asenso a lo que no puede comprender, i someterse a lo que se le proibe examinar, no ai, despues de la gracia interior, cosa mas conducente i oportuna para suavizarle el yugo de la fé, que acerle conocer, que cree por ilustracion, i que si deja de

consultar la razon, i tomarla por juez en los misterios que no penetra, es con acuerdo de ella misma, i por el buen uso que ace de sus luces.

En realidad no comprende el entendimiento todo lo que cree; pero ilustrado con las pruebas de la religion, conoce claramente que debe creerlo. La recta razon lo conduce entonces a la revelacion, de cuya necesidad i certeza queda por sus mismas luces convencida. La razon pues examina los motivos de creer, para no volver mas a examinar despues de haber creído. Su examen no recae sobre los dogmas i doctrina revelados; sino únicamente sobre las pruebas de la revelacion; i una vez dado asenso a ellas, todo lo cree sobre la divina palabra. El cristiano no necesita de investigar para asegurarse de su fé, sino, en todo caso, para conocer mejor el precio inestimable de lo que ya posee. No intenta desvanecer ni aclarar dudas que no tiene, sino allar su consuelo i satisfaccion; i tener armas con que confundir a sus contrarios, sin que aga depender su fé del suceso de sus reflexiones.

Penetrados de estos principios los apolojistas de la religion no han temido en tiempo alguno entrar a lidiar con los enemigos de la fé con las armas de la razon y de la filosofia. Los filósofos paganos atacaron al cristianismo desde su nacimiento: no era pues bastante oponer el texto de los libros sagrados a unos adversarios que desconocian su divinidad, i sostenian que la doctrina de estos libros era opuesta al sentido comun. Era ademas preciso demostrarles la doctrina de estos libros mas razonable que la suya, i fué absolutamente necesario valerse contra ellos del discurso i de la filosofia. Tal es el origen de la teología especulativa, que a llegado asta nuestros tiempos con igual suceso, reportando siempre brillantes victorias de sus opositores.

Señores: nos allamos en el mismo caso que los doctores cristianos de los primeros siglos. Los disidentes de la religion siguen la marcha de los filósofos paganos; atacan nuestros misterios con argumentos sacados del racionio; i se lisonjean de saber mas en esta materia que los Apóstoles i todos los doctores sagrados, despreciando igualmente una tradicion de diez i nueve siglos. Los incrédulos repiten el eco de los erejes, i los deistas no quieren admitir especie alguna de revelacion. Ubo, pues, necesidad, i la ai al presente, de probarles lo absurdo de sus principios, la contradiccion de sus doctrinas, i la oposicion de sus opiniones a las de los mejores filósofos; en una palabra, de razonar con estos enemigos, i de usar las mismas armas de que ellos se valen en la injusta guerra que nos avien.

Este fué el sendero que nos trazaron aquellos antiguos defensores del cristianismo, a quienes con justa razon llamamos Padres

de la Iglesia, cuyos escritos, llenos de sabiduría i de luz, an llegado asta nuestros dias, i por cuyo medio conocemos la tradicion en sus mismas fuentes. Ellos nos enseñan la revolucion moral efectuada por el cristianismo, la trasformacion qe se obró en el universo, a la voz de aquella relijion, qe, como dice un Obispo francés, pasó de las catacumbas al trono de los Césares, qe le ofrecieron para defenderla la espada qe ántes se abia gastado en el cuello de los mártires.

Son tambien los Santos Padres los verdaderos modelos de la elocuencia sagrada, porque no solo encarece la importancia de sus escritos la santidad de su doctrina, sino qe tambien se encuentran en ellos las bellezas del estilo, la fuerza del lenguaje i la concision literaria, qe an admirado siempre, i admiran oi, los sabios mas distinguidos. cualquiera qe sea su creencia.

Su estudio es de absoluta necesidad para el sacerdote qe aspira a llenar dignamente las augustas funciones de su ministerio, i toca especialmente a la Facultad de Teolojía el fomentarlo; a esta Academia Cristiana qe, creada a impulsos de la sabiduria i piedad de nuestras autoridades supremas, está encargada de instruir a la juventud en las sublimes verdades qe acen al ombre virtuoso. Así, afianzándose la moral, se consolida el órden público; i Chile, qe presenta a la faz del mundo el espectáculo de un pueblo qe continúa sin interrupcion la grande obra de la rejeneracion política, presentará tambien un ejemplo grandioso de virtud i de relijion.

